

las estrofas truncadas

«Árbitro excelso á cuya voz el mundo  
Nacer la serie de los siglos mira....»

la oda *Á San Fernando*, y en otro género *El binno á Afrodita*:

«También á ti en estos sitios  
Elevaremos altares,  
Diosa de tierras y mares,  
Dulce madre del amor....»

Odas morales tiene varias en metros cortos:

«De nuestra frágil vida  
Las glorias desaparecen,  
Más tenues, ¡oh Licino!,  
Que el vientecillo leve....»

Entre todos sus compañeros de la Academia Sevillana, Arjona fué quien más veces acertó con el clasicismo puro, y quien menos llegó á amanerarse en el estilo, gracias á su larga residencia en Italia, y al estudio de los poetas neoclásicos de aquella región. Pruébanlo *Las Ruínas de Roma*, poema excesivamente didáctico, artificioso y erudito; pero casi libre de las afectaciones *herrerianas*, y rico en primores de buena ley; y testificanlo más aún que las odas ya citadas, varios idilios y composiciones sueltas, sobremanera geniales y espontáneas, y algunas imitaciones de Fr. Luis de León bastante afortunadas. En la sátira y en la epístola, que cultivó algunas veces, raya sólo á mediana altura, aunque mostrándose siempre más ó menos horaciano.

No menor celebridad que el ilustre penitenciaro de Córdoba, si bien por causas diversas, obtuvo su amigo D. José María Blanco-White. Su nombre y obras, más que á este libro, pertenecen á otro en que al presente también me ocupo, la *Historia de los heterodoxos españoles*. Blanco era prosista eminente, pero sólo mediano poeta. Algunas de las composiciones de su primera época son horacianas, especialmente la oda que principia:

«Torna del año la estación amena,  
Y ya el agudo hielo  
Del monte al valle corre desatado....»

y la consolatoria á *Fileno* (Reinoso) en la muerte de *Norferio* (Forner). Estas transmutaciones ridículas de los nombres propios, eran comunes en la poesía del siglo pasado y comienzos del presente. La obra maestra de Blanco, como lírico, es *Los placeres del entusiasmo*, canto de materia estética, prolijo en demasía, pero elegante y bien versificado. Mas yo prefiero una breve oda horaciana que compuso nuestro descaminado sacerdote, ya en los últimos años de su vida, el 28 de Enero de 1840, en Liverpool. No es afectada y palabarrera, como casi todos los versos de White en su primer período:

«¡Qué rápido torrente,  
Qué proceloso mar de agitaciones,

Pasa de gente en gente ,  
 Dentro de los humanos corazones !...  
 Mas se enfurece en vano  
 Contra la roca inmóvil del destino ,  
 Que con certera mano  
 Supo contraponerle el Ser divino....  
 No así el que , sometido  
 Á la suprema voluntad , procura  
 El bien apetecido ,  
 Sin enojado ardor y sin presura.  
 ¡ Deseo silencioso ,  
 Fuera del corazón nunca expresado !  
 Tú eres más poderoso  
 Que el que aparece de violencia armado.  
 Cual incienso süave  
 Tú subes invisible al sacro trono ,  
 Sin que tus alas grave  
 La necia terquedad ni el ciego encono....»

Aquí no hay afectaciones ni aparato de escuela. ¡ Y qué interés tienen estas graves sentencias en boca de Blanco , quien , precisamente por no ajustarse á ellas , había apostatado de su religión y de su patria , y moría olvidado y mal querido en tierra extraña ! Sólo dos veces acertó aquel gran escritor , con la inspiración poética , en la oda citada y en el soneto inglés *Mysterious night* , calificado por Coleridge de *una de las cosas más delicadas que posee la lengua británica*.

No era Reinoso mucho más poeta que Blanco , por más que hayan alcanzado no pequeña celebridad *La inocencia perdida* y alguna de sus odas. El fundamento real de la gloria de Reinoso está

en el *Examen de los delitos de infidelidad á la patria* , como la fama de Blanco estriba en las *Letters from Spain* , que publicó bajo el pseudónimo de Doblado. Por lo demás , las poesías de Reinoso , casi siempre afectadas , monótonas y de poco agradable lectura , abundan en altas ideas , propias del claro y luminoso entendimiento de su autor , y son modelos intachables de lenguaje y de versificación. Es el más *berriano* y el menos natural de los vates de Sevilla. Hizo algunas odas horacianas , como la dirigida *Á Albino* (Blanco) , sobre *la firmeza de la virtud* , y otra *Á Licio* , acerca *de los vanos deseos* , escritas las dos en 1796. Ambas son ejemplos del empeño que tenía Reinoso en recargar de adornos y quitar su sencillez y frescura á lo que tomaba de los clásicos :

« Su heredad mira el labrador ufano ,  
 Ya del dorado grano  
 Más que los libios campos coronada ;  
 Mas luego al prado ameno ,  
 De rosa ajofarada  
 Cubierto en copia rica ,  
 Vuelve los ojos , de tristeza lleno ,  
 Porque no en su provecho fructifica.  
 Brilla trémulo el mar en extendido  
 Sulco , cuando torcido  
 Manda el rayo , subiendo por la esfera ,  
 La luna silenciosa ;  
 Mas Fabio en la ribera  
 Suspira desvelado ,

Porque le aparta la región dichosa  
Do yace el metal rico sepultado.»

Quien recuerde con qué naturalidad y sin aparato de imágenes ni figuras retóricas expresa Horacio esas mismas ideas en su sátira primera, entenderá cuán lejanos del clasicismo andaban estos y otros imitadores de la musa latina.

Las dos epístolas *Á Silvio* y *Á Albino*, únicas que escribió Reinoso, corresponden también á su más antigua manera; pero exceden bastante á las odas citadas, quizá porque el género, como más templado y filosófico, se acomodaba mejor á la índole del poeta. Los endecasílabos sueltos de la primera pueden servir como dechado:

«En tanto le prepara en limpia mesa  
Sobrio manjar la diligente esposa;  
Cíñela en torno de sabrosos frutos,  
Aun de la flor nativa guarnecidos.  
Y cuando arde el lucero, que al ganado  
En los rediles cierra, ante la choza,  
Á par de su marido reclinada,  
Embelesados miran cuál se mueve  
Tras delgado celaje el bello Arturo,  
De esmaltadas figuras rodeado,  
Que silenciosas tras Calixto giran....»

En la que llamaremos *segunda manera* de Reinoso, ganó su estilo en precisión y nervio, acercándose un poco más (siempre artificialmente) á la rapidez lírica. Tal nos le muestran unos sá-

ficos dedicados á Lista en 1829, y mejor aún las odas elegíacas en que lloró la muerte de Ceán Bermúdez y la de Sotelo. Gallardo criticó, tan áspera como injustamente en lo general, la primera. De la segunda son las estancias siguientes:

«De lo futuro en el dudoso abismo  
Juzga el viviente ciego  
Las horas entrever de su ventura;  
Llegan, huyen, se llevan su esperanza,  
É iluso en nuevas horas la afianza.  
¡ Ah! No la alcanzará; que el bien soñado  
Se desliza impalpable  
Como fosfórea luz en noche oscura:  
Siempre ansioso de goces, nuevos seres  
Busca para gozar nuevos placeres.

.....  
Al otro lado de la huesa umbria  
La vida verdadera  
Fijó inmutable su dichosa estancia:  
En su borde desnuda el polvo triste,  
Y otro ser inmortal el hombre viste.»

Este tono didáctico, noble pero seco y sin color, tiene Reinoso en sus mejores momentos. Para la expresión del sentimiento sólo se le ocurren frases vagas, y en cuanto á imágenes, acude á las convencionales y de tradición en su escuela literaria.

El más influyente de los miembros de la escuela sevillana fué sin contradicción D. Alberto Lista, nobilísima figura como maestro y como

crítico. En la poesía lírica excedió á todos sus compañeros, fuera de Arjona. Los versos de Lista son en número quizá excesivo, porque carecen de variedad en el estilo y en los afectos. Entre las poesías sagradas, está su obra maestra *La muerte de Jesús*, cuyas bellezas son oratorias más que líricas. En la misma sección hay buenas imitaciones de Fr. Luís de León, por ejemplo, la oda *Á la Providencia*.

En la sección de *liricas profanas* entran muchas de estilo *horaciano*, aparte de las traducciones é imitaciones directas, en otro lugar recordadas. No son las mejores las *heroicas*, género que se avenía mal con la índole blanda y amorosa del poeta. Los *sáficos* *Á las ruinas de Sagunto* no encierran más que pensamientos comunes. La oda *Á las musas* es una serie de empalagosas invocaciones de escuela. Muy superiores á esas y otras composiciones son las estrofas, imitación del *Scriberis Varío*, que principian:

« Fileno cantará, Dalmiro mío.... »

y las dirigidas *Á Aristo*, sobre la tranquilidad de los alumnos de las musas. Pero la joya de Lista como vate horaciano es *El himno del desgraciado*:

« ¿ De qué me sirve el súbito alborozo  
Que á la aurora resuena,  
Si al despertar el mundo para el gozo  
Sólo despierto yo para la pena?.... »

El ámbar de la vega, el blando ruido  
Con que el raudal se lanza,  
¿ Qué son ¡ ay! para el triste que ha perdido,  
Último bien del hombre, la esperanza?.... »

Todo lo que esta poesía tiene de bello, natural y sentido, tiénelo de amañada y académica la oda *Á Ventura de la Vega*, que éste, y otros, siguiéndole, han considerado, no sé por qué, como los mejores *sáficos-adónicos* que posee nuestra lengua. El aparato mitológico que Lista y otros poetas de su escuela y tiempo aplicaban indistintamente á todo, produce en asuntos modernos un efecto desastroso. Con otra discreción han procedido casi siempre los verdaderos secuaces é imitadores de la antigüedad. Lista estaba de sobra enamorado de los primeros retóricos, y comprendía mal la poesía de Fr. Luís de León, puesto que en una epístola, impresa á continuación de esos versos, aconseja á otro discípulo suyo huir *el tosco desaliño* del gran maestro de Salamanca.

Son bastantes las odas horacianas de Lista en el género *moral* y *filosófico*. Esta *moral* y esta *filosofía* suelen ser las del Venusino; v. gr.:

« Último invierno, Licio, el hado triste  
Dará á tu vida acaso,  
El que ora en tempestad sañuda embiste  
Los piélagos de Ocaso.  
Saber el fin que decretó el destino  
No es dado á los mortales »

¿Qué vale, Tirsi, con temor mezquino  
Aumentar nuestros males?  
Reine en tu pecho el plácido alborozo,  
Y el necio afán alanza,  
Ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo  
Por dudosa esperanza....»

Á cuyos epicúreos consejos se opone en otra  
pieza esta doctrina más elevada, que también  
está en Horacio:

«¡ Ah! no: vierta en el mundo su veneno  
La maldad orgullosa:  
Del varón justo el no manchado seno  
Será de la virtud morada hermosa,  
Y aquel sagrado abrigo  
No violarán el crimen ni el castigo....»

La mejor de estas composiciones me parece  
la última *Á Fileno* (Reinoso), aunque de un color  
epicúreo bastante subido:

«Goza, Fileno: si el error austero  
Templó en su nieve tus fogosos años,  
Las raras canas que en tus sienes brillan  
Cubre de rosas....»

Máximas de esta clase no han de tomarse en  
su rigor literal cuando se hallan en poetas neo-  
clásicos, por lo demás severos y morigerados,  
pues son siempre en ellos imitación de imita-  
ciones.

Cosas muy bellas encierran las poesías *eróticas*  
de Lista, que, ora imita en ellas á Calderón,

ora á Rioja, ora á Meléndez, ora al Petrarca,  
ya finalmente á Horacio:

« Ven, dulce amiga, ven. La vjd hermosa  
En su sombra se engríe:  
Templa Aristo la lira armoniosa:  
Tu Anfriso canta ya: Sileno ríe.  
La mesa de sus frutos deliciosos  
El verano rodea.  
Mira cómo en los vasos anchurosos  
El regalado néctar centellea....»

Hasta en metros cortos imitó Lista á Horacio.  
Aparte de varios romances, citaré la oda *A Mu-  
seo*, que es rémedo del *Pindarum quisquis*:

«Cual férvido río  
Del monte corriendo,  
Si acrecen sus aguas  
Las lluvias y el viento,  
Así el ditrambo  
De Píndaro inmenso....»

Sevillano como Lista y Reinoso, pero nada  
secuaz, antes acérrimo contradictor de la escue-  
la poética por ellos representada, fué el egregio  
traductor de los *Salmos y libros poéticos de la Biblia*,  
D. Tomás J. González Carvajal. Era grande ad-  
mirador de la sencillez sublime del maestro León,  
á quien tentó imitar en sus traducciones y en el  
corto número de poesías originales, las más so-  
bre asuntos religiosos, recogidas en el tomo XIII  
de sus *Obras*. Excelente hablista, pero no muy  
poeta, levantóse Carvajal en sus versiones,

merced á la grandeza de los originales que interpretaba, y si bien amplificador y parafrasta con exceso, dió á sus *Salmos* un hermoso color de antigüedad majestuosa y venerable. Algo de esto aparece también en sus poesías originales afeadas frecuentemente con prosaismos, y escritas con harta llaneza, que, no sostenida en Carvajal por grandes alientos, degenera en trivialidad á las veces. Pero no faltan en sus odas pasajes que recuerden, aunque de lejos, los fervorosos acentos del grande Agustino. Así termina la oda *Al Espíritu Santo en el día de Pentecostés*:

«Ven, y nos fortalece,  
Si alguna vez nuestro valor flaquea,  
Y tu ley enderece  
El pie, si se ladea,  
Si tímido se para ó titubea.  
Sople el impetuoso  
Viento en el alto techo, y resonando  
El ámbito espacioso,  
Y amores derramando,  
Lleve tras sí las almas arrastrando.  
El fuego centellante  
Que sobre los Apóstoles ardía,  
Al pecho de diamante,  
Al alma seca y fría  
Ablande y dé calor en este día.  
Y unidos y enlazados  
En tus lazos, ¡oh Amor omnipotente!  
De pueblos apartados  
Haz una sola gente,  
Un corazón, una alma solamente.»

Esto vale más que casi todas las producciones de la *escuela sevillana*. El entusiasmo religioso, verdadera y única inspiración de Carvajal, le dictó estos bellísimos versos en la oda *Á la vida futura*, una de las más *leontinas* entre las diez y seis ó veinte que nos ha dejado:

«Y absorta en la hermosura  
De aquel divino sol que la recrea,  
Se embebe en su luz pura,  
Y en amarle se emplea,  
Y más amar y más amar desea....»

Ni en la lírica profana, ni en la sátira, ni en la epístola, géneros que alguna vez cultivó, obtuvo Carvajal grandes laureles. Citemos aquí, pues el lugar no parece inoportuno, á otro distinguido imitador de Fr. Luís de León, que dejó más fama como canonista asaz temerario y docto investigador, que como poeta. Fué éste D. Joaquín Lorenzo Villanueva, nacido en el reino de Valencia, y no en Sevilla, pero digno de colocarse aquí, por tener con González Carvajal alguna afinidad poética. Como él, era puro y correcto en la lengua, y, como él, pretendía imitar á Fr. Luís de León en prosa y en verso. El estro lírico de Villanueva era muy escaso, y quizá donde más brilla es en las odas *La ausencia*, *La caridad*, *La entrada de Cristo en Jerusalem*, y alguna otra. No tienen color poético estas composiciones, pero sí un agradable dejo anti-

guo en la expresión, cual puede verse en las estancias que siguen:

«Toda virtud se encierra  
 En el amor: por él alcanza vida;  
 Todo vicio destierra,  
 Todo lo bueno anida  
 En su alcázar, y el mal no halla guarida.  
 Por amor la fe vive,  
 Confía sin recelo la esperanza;  
 Á sufrir se apercibe  
 El justo á quien alcanza  
 Ajeno dolo, envidia ó asechanza.  
 .....  
 No suena burlería  
 En su boca, ni rastro de sospecha  
 En su seno se cría;  
 Ajeno mal le estrecha  
 Y hácele prorrumpir en triste endecha.  
 Con el próspero goza,  
 Con el atribulado se entristece,  
 Con el preso solloza,  
 Y si su aliento crece,  
 Ella también llorando desfallece....»

## XIII.

Á fines del siglo pasado manifestóse en Granada alguna actividad literaria, llegando á constituirse una especie de centro, que, como era de rigor en aquellas calendas, se bautizó con el nombre de *Escuela granadina*. Los primeros ingenios que allí florecieron no se levantaban mucho de la medianía, y sólo brillaron en el género

festivo, tan congénere á la índole juguetona y chancera de los andaluces. Las *Sátiras de Amato Benedicto*, ó sea el canónigo D. Antero Benito Núñez, apenas merecen que nos detengamos en ellas. Algo más valen las poesías de D. José Vicente Alonso, autor del célebre sainete *Pancho y Mendrugo*. Hizo Alonso algunas odas horacianas, que no le dieron, por cierto, ni le darán tanto nombre como ese ingenioso *desgarro* dramático. No carecen, sin embargo, de elegancia en el lenguaje ni de fluidez en la versificación<sup>1</sup>.

Tras estos débiles comienzos fué cobrando fuerzas la *Escuela*, que produjo al cabo dos eminentes literatos, Burgos y Martínez de la Rosa. Del primero, como traductor, queda hecho en su lugar el correspondiente elogio. Pero aquí es justo añadir que dejó, aunque pocos en número, preciosos versos originales, casi siempre horacianos. Las odas *Á la razón* y *Al porvenir* se distinguen por la alteza de las ideas y por la exquisita pulcritud de la forma. El tono es más didáctico que lírico, como de quien *piensa* más que *siente* lo que canta:

<sup>1</sup> Se han impreso por primera vez en el tomo III de *Líricos del siglo XVIII*, donde pueden verse. Posteriormente, y dentro de nuestro siglo, sostuvieron el honor de la escuela granadina los Sres. Fernández-Guerra (D. José), Salazar (D. J. B.), Peñalver, Castro y Orozco, etc., etc., maestros y predecesores de otros ingenios mucho más ilustres, que hoy son encanto de las letras patrias.

«Mas no hará, por ventura,  
 El opresor hundido  
 La condición del hombre menos dura?  
 No, no; reemplazarán déspotas ciento  
 Al déspota caído.  
 Vario el disfraz, distinto el instrumento  
 Será de los rigores;  
 Mas siempre habrá oprimidos y opresores.»

En la oda *Al porvenir* cantó de esta suerte Burgos los progresos psicológicos, materia difícil de poner en verso:

«Y el arcano eminente  
 Arrancará á natura  
 De las funciones de la humana mente:  
 Como al lodo el espíritu se apegas,  
 Quién le une, cuándo, dónde, de qué suerte  
 De la materia inerte  
 Afecta la impulsión al alma pura:  
 Cómo, al contrario, á la materia ciega  
 El espíritu imprime el movimiento,  
 Y quién bastó á ordenar tanto portento.»

Obsérvese la feliz elección de expresiones, y el esmero en los cortes rítmicos. Era Burgos versificador acendrado y numeroso. Sus odas *A la constancia* y *A la primavera*, inferiores á las dos ya citadas y á la *De los progresos de la industria*, que no es horaciana, tienen lindísimas estrofas. La primera es imitación directa del *Justum et tenacem*:

«No del varón constante  
 Turba la paz, de Marte el grito horrendo,

Ni el piélagos bramante,  
 Ni el pavoroso estruendo  
 Del ronco trueno en derredor rugiendo....»

Martínez de la Rosa se distinguió como traductor de la *Poética* horaciana, que además imitó en la suya original, por primera vez impresa en 1827. No es una epístola como la dirigida á los Pisones, sino un poema didáctico del corte de los de Vida, Boileau y Pérez de Camino. Las doctrinas estéticas y críticas expuestas en el libro de Martínez de la Rosa eran no poco atrasadas, dada la fecha en que se publicó y la especial situación del autor, que le ponía en condiciones de seguir el movimiento literario extranjero. Fué, sin embargo, espectador casi indiferente, y sólo más tarde modificó, y no en pequeña parte, sus rígidas opiniones, sobre todo en lo relativo al *drama histórico*, merced á la lectura de Schlegel y de Manzoni, que es singular no hubiese hecho antes. El *Curso de literatura dramática* y la *Carta sobre las unidades de lugar y tiempo* eran ya conocidos y comentados por críticos españoles tiempo antes de imprimir Martínez de la Rosa la *Poética*<sup>1</sup>. Por lo demás, este poema es tan conocido y estimado, que no parece necesario detenerse en su recomendación ni exa-

<sup>1</sup> Véanse *El Europeo*, de Barcelona, y el estudio manuscrito de Herrera Bustamante sobre Shakespeare, y todavía, en fecha anterior, los folletos de Bolh de Faber (1817).



men. Presenta, sin originalidad alguna, aquel carácter de modesta elegancia, propio de todas las obras de su autor, y cuando recuerda en son de elogio algún pasaje de la musa antigua, lo hace con riqueza de frases, lozanía y desembarazo. En su doctrina no insistimos, reservándolo para la *Historia de las ideas estéticas en España*.

Algunas de las poesías sueltas de Martínez de la Rosa son horacianas, especialmente las epístolas y los discursos morales, en los cuales no deja de sentirse ya cierta influencia del sentimentalismo lamartiniano. Pero debe contarse aparte, por la intensidad de los afectos y porque en ella se levantó mucho el poeta sobre su nivel ordinario, la hermosa carta elegíaca *Al duque de Frias en la muerte de su esposa*.

El estro propiamente lírico de Martínez de la Rosa no era grande. Los coros del *Edipo* son lo que menos carácter antiguo tiene en aquella preciosa tragedia. Más animada y clásica es *La Novia de Pórtici*, y completamente horacianas en pensamiento y forma las graciosas estrofas de *El Sátiro*:

«¡Oh tú más feble á seductor halago,  
Que tierno lino al revolver del viento

.....  
Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,  
Su negra boca á tu semblante uniendo

.....  
Al pie del sauce, en tu apacible baño

Yo vi estampada la redonda huella  
Del torpe amante, y del brutal retozo  
Turbias las aguas.

.....»  
¿Quién no recuerda, al leer esto, el *Cum tu Lydia Telephi* y otros desahogos amorios del Venusino?

## XIV.

Grande fué, como acabamos de ver, el número de vates más ó menos *horacianos* en la generación literaria nacida y educada en el siglo pasado ó en los primeros años del presente. Ahora tal vez conviniera hacer sucinta memoria de muchos de segundo, tercero y cuarto orden que en el largo período que hemos recorrido florecieron, y que por su mediocridad é insignificancia, ó por no tener oportuna cabida en las diversas escuelas y grupos literarios, han ido quedando olvidados en los capítulos anteriores. Me limitaré á los nombres menos oscuros.

Citase generalmente, y con razón, como tipo del más flojo y desmadejado prosaismo, al virtuoso eclesiástico D. Francisco Gregorio de Salas. En su égloga *Dalmiro y Silvano*, un pastor lee á otro una imitación, no de todo en todo mala, del *Beatus ille*:

«Feliz el que, apartado  
Del mundo y su bullicio,  
Como en siglo dorado,

Vive en el ejercicio  
De uncir los propios bueyes,  
Dando á sus campos saludables leyes....»

Doña María de Hore, poetisa gaditana, apellidada por su belleza *La Hija del Sol*, dió culto á las musas profanas, antes de entrar en religión. Hay entre sus poesías una oda *Á la luna*, bastante horaciana, aunque muy débil en la expresión:

«Bellísima Diana,  
Que en solio luminoso,  
De tu tálamo odioso  
Libre te ves y ufana;  
Compadece el pesar que á mí me afana.  
Tú puedes desde el cielo,  
En el Latmio encumbrado  
Ver el pastor amado  
Que causa tu desvelo,  
Y á mí me priva amor de este consuelo....»

De otras dos poetisas, doña María Helguero y Alvarado, abadesa de las Huelgas, y doña María Rosa Gálvez, pudiéramos citar algunos versos medianos, imitación de los imitadores de Horacio.

Poco pierde mi lector en no conocer las obras poéticas del P. Basilio Bogiero, de las Escuelas Pías, glorioso mártir de nuestra independencia en el sitio de Zaragoza. Algún rasgo horaciano hay perdido en sus pobres y descoloridos versos.

No son mucho mejores los de D. Ángel Casimiro Govantes, caballero riojano, distinguido en el foro y en la política. Tiene algunas odas

con pretensiones de *leontinas*. Cómo escribía y versificaba este autor, mostraránlo dos estrofas de la oda *Á Licinio*:

«El palacio sumptuoso  
*Es del incauto vulgo admirado* (sic)  
Y le hace deseoso  
Aquel fastuoso estado  
Del rico en mil pesares anegado....  
Siempre teme borrasca  
El mercadante atento á sus baxeles,  
Y si el barco se *casca*,  
Licinio, no consueles  
Á quien dará su cuello á los cordeles....»

No basta el estudio de Horacio ni el de Fr. Luís de León para hacer poeta lírico al que carece de la *materia prima*.

D. José Mor de Fuentes era literato docto, aunque estafalario y de singulares opiniones. En sus poesías, que son innumerables y valen poco, hay muchas odas y epístolas imitadas de Horacio. Al frente de su edición de las odas del Venusino, publicación que honra sus talentos filológicos, hay una epístola al mismo Horacio, imitada, y no mal, de la célebre composición de Voltaire al mismo asunto. Ha de prescindirse siempre de los resabios propios del estilo de Mor:

«Allí el raudó volar del tiempo acisgo  
Que en pos se lleva nuestro ser mezquino,  
La guadaña infernal de la ímpia muerte  
Que al par hacina reyes y mendigos,

Alternan con la plácida frescura  
 Y almo sosiego del Eliseo Tibur,  
 Ó bien con los donaires lisonjeros  
 Que á tus ninfas repartes de continuo,  
 Ya celebres la amable travesura  
 De tu Lidia en el diálogo festivo,  
 De tu Glicera ya el matiz rosado  
 Que bulle todo en mágico atractivo,  
 Ya de Lálage hablando el dulce halago,  
 De Lálage riendo el tierno hechizo.  
 De Régulo tal vez al cielo subes  
 El sobrehumano, indómito heroísmo, etc.»

Tampoco debe quedar en completo olvido el nombre de otro poeta aragonés, D. Juan Francisco López del Plano, cuyas poesías selectas se han publicado recientemente en Zaragoza, con un prólogo de D. Jerónimo Borao. Plano era poeta desaliñado y prosaico, pero de ingenio fácil y movedizo. Hizo alguna tentativa de versificación en exámetros, y dejó una *Arte Poética* en tercetos, más curiosa que amena, y varias epístolas,—sátiras (especialmente la *del matrimonio*) que conservan algún sabor de la poesía de los Argensolas.

D. Manuel Cortés, ya citado como traductor, merece poca estima en concepto de poeta horaciano. Son de cortísimo valer las tres odas suyas que pueden reducirse á ese género.

Basta de revolver huesos de poetas olvidados. Pero antes de decir adiós á la generación literaria del siglo XVIII, recordemos los nombres

de tres escritores muy estimables que pueden considerarse como los últimos representantes de esa época literaria. Los tres han vivido casi hasta nuestros días, y los tres eran jurisconsultos.

D. Juan Gualberto González perteneció al grupo de traductores y preceptistas que, como Sánchez Barbero, Estala, Hermosilla, Pérez de Camino, Musso y Valiente, Castillo y Ayensa, Burgos y Martínez de la Rosa, mantuvieron vivo en España un movimiento humanístico muy señalado, durante el primer tercio de esta centuria. Las traducciones de González son modelos de precisión y exactitud. Pero como poeta original dejó poquísimos versos, y estos medianos. Apenas merece citarse su oda elegiaca á la muerte de una señora de Guatemala:

«Ya no existe, Castalio: nuestros ojos  
 No verán ya la lumbre de los suyos,  
 Ni el rostro placentero, ni la risa  
 Celestial de sus labios;  
 No las mejillas de jazmín y rosa,  
 Ni el copioso manojó de sus negros  
 Y nítidos cabellos coronando  
 La blanca y tersa frente.  
 Ni las sutiles manos discurriendo  
 Por los tonos del címbalo sonoro,  
 Representar el trueno, el rayo ardiente  
 Y las auras fugaces.  
 No ya su voz expresará el despecho  
 De la madre de Nino, ni el suplicio

De la Madre mejor, con quien sus penas  
Cantando dividía.... etc.»

D. Manuel Silvela, constante amigo y providencia de Moratín en sus últimos años, imitó á Inarco en sus poesías sueltas, y hasta escribió, á ejemplo de la epístola *Á Andrés*, otra contra el neologismo salmantino. Ha dejado más fama como prosista.

D. Eugenio Tapia, bibliotecario que fué de la Nacional, cultivó mucho, y no infelizmente, la sátira, más en la cuerda de Horacio que en la de Juvenal. Muchos de sus versos son de circunstancias políticas y literarias y han perdido la mayor parte de su interés, pero los hay fáciles y graciosos. Lista elogió mucho en *El Censor*, periódico de 1821, las dos sátiras *Del café*, y *De la holgazanería*. En Tapia y en algunos otros satíricos de ese tiempo parece notarse la huella de Parini, á quien también conocía y estudiaba Moratín el hijo. Andando el tiempo, compuso Tapia otras sátiras aún más dignas de aprecio, especialmente una en esdrújulos contra los dramas románticos:

«No puedes figurarte, amado Próspero,  
Cuánto me place el género dramático,  
Cuando se anuncia al respetable público  
Por la primera vez nuevo espectáculo....»

Del mismo Tapia es una imitación de la *Epístola desde el Paular*, de Jove-Llanos, bien pensa-

da y escrita, aunque la daña sobremanera la comparación con la del insigne patricio asturiano.

Fáltanos decir algo del *horacianismo* en la literatura contemporánea.

## XV.

Muchos de los escritores anotados en los capítulos precedentes fueron testigos de la revolución romántica, y aun cedieron en alguna parte á su influencia, ya en la teoría, ya en la práctica, porque no es fácil conservar unidad de principios y de miras en épocas de confusión literaria.

El *romanticismo*, ó lo que así se denominó con bastante inexactitud, no era sistema completo, uno y consecuente en sus partes. Procedía, al contrario, de muy diversos orígenes; pero las tendencias distintas y aun opuestas habían llegado á juntarse en una poderosa corriente de oposición al falso clasicismo que dominaba en Europa hacia siglo y medio. Los apóstoles de la nueva idea en España confundían en su admiración doctrinas y autores nada semejantes, y á veces bien poco románticos, aunque tampoco *clásicos* en el sentido que se daba entonces á esta expresión. La época constitucional del 20 al 23 ofrece ya algunos síntomas de evolución en las ideas críticas. Antes de este tiempo, habían in-

fluido entre nosotros, preparando el campo á la generación nueva, el falso Ossian, el Shakespeare disfrazado de Ducis, y el amor, erudito más bien que estético, de algunos curiosos, á las glorias de nuestra antigua escena. Si á esto se añaden las doctrinas críticas, ya bastante libres y propensas al trascendentalismo, de Berguizas y de Estala, los felices atrevimientos del abate Marchena, y el aplauso y boga que alcanzaron en los primeros años del siglo las obras de Chateaubriand, las de Mad. Staël y algunas de Goethe, como el *Werther*, ávidamente leídas en España á pesar de los sucesos políticos y militares que entorpecieron el curso de los estudios desde 1808, no ha de admirarnos que en 1823 compusiera Trueba y Cosío un drama del todo romántico, *Elvira*, y que el mismo año, en Barcelona, apareciese una revista, *El Europeo*, cuyos redactores, Aribau y López Soler, abrazaban ya, francamente, las doctrinas de Guillermo Schlegel, cuyo *Curso de literatura dramática* corría traducido al francés desde 1811. Byron y Walter-Scott comenzaron á ser trasladados al castellano, aunque por fragmentos. Desde el año 24 al 32 fué grande la postración intelectual de la Península, pero la emigración durante ese período sirvió de saludable y eficaz estímulo á muchos ingenios, que de otra suerte quizá hubieran tardado en romper los lazos de escuela. Trueba y

Cosío, con sus novelas y dramas ingleses; Herrera Bustamante reproduciendo la crítica de Schlegel sobre Shakespeare; los *Ocios de Españoles emigrados* y el *Repertorio Americano*, abriendo la puerta, aunque con timidez, á los nuevos sistemas; dos editores de Barcelona y de Valencia vulgarizando las novelas históricas de Walter-Scott y de Manzoni, algunas bien, otras pésimamente traducidas; López Soler, plagiando el *Ivanhoe*, y, por último, D. Agustín Durán, con la primera publicación de sus *Romanceros* y con el discurso *Sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del teatro español*, objeto mucho antes del entusiasmo de Bolh de Faber, abrieron camino día tras día al *romanticismo* en dos de sus formas capitales. Al cabo apareció una obra de genio, *El Moro Expósito*, y un trozo de crítica en todo moderna, su prólogo. Al año siguiente (1833) penetró triunfante en España la falange innovadora, más enamorada, en general, de Víctor Hugo que de los ingleses y alemanes. Vino en pos una época de arrebatada producción y de desorden, en que las ideas literarias se confundieron, y en que, á vueltas de buen número de obras muy apreciables, en especial dramáticas, aparecieron monstruosas aberraciones. La exageración trajo al fin el cansancio, y el *romanticismo* pasó á la historia, no sin dejar frutos de eterna memoria. En su dominio breve y turbu-

lento se dividió aquella *escuela* (si tal puede llamarse) en dos bandos claramente distintos: el *romanticismo histórico nacional* de que fué cabeza el duque de Rivas, y el *romanticismo subjetivo ó byroniano*, que muchos llaman *fisiológico*, cuyo corifeo fué Espronceda.

No eran los tiempos muy acomodados para poesía *horaciana*. Pero no cabe olvidar que los autores más distinguidos de los dos grupos indicados venían del campo clásico, en el cual habían hecho, no sin fortuna, sus primeras armas. El duque de Rivas, imitador de Quintana y de Gallego en sus primeros cantos, fué más tarde *horaciano* puro en las bellas odas *A las estrellas* y *Al faro de Malta*, aunque con inspiración propia y briosa:

«Y tú invisible te alzas, en tu frente  
Ostentando de fuego una corona,  
Cual rey del caos que refleja y arde  
Con luz de paz y vida....  
Viéronla como yo los marineros,  
Y olvidando los votos y plegarias  
Que en las sordas tinieblas se perdían,  
Malta, Malta, gritaron....»

Espronceda dejó, no versos *horacianos*, pero sí hermosos versos clásicos en el himno *Al sol*, en la elegía *A la patria* y en los fragmentos del *Pelayo*. Y más tarde, aun en medio de sus mayores audacias de pensamiento, respetó los fueros de la lengua y del estilo poético, mereciendo que

Lista le reconociese siempre por fiel discípulo suyo. En cambio, la segunda generación *romántica*, representada especialmente por Zorrilla, conculcó lengua, versificación y todo, como nacida en el desorden revolucionario, y no en la rígida disciplina donde se había educado la primera.

Atravesaron este período tumultuoso, participando de sus influencias, pero sin rendirse del todo á ellas, varios escritores que pudiéramos llamar *eclécticos*, señalados algunos en la poesía lírica más ó menos horaciana.

Entre ellos hay que poner en primer término á Bretón y á Ventura de la Vega. Á la escuela de Horacio pertenecía en la sátira el rey de nuestro moderno teatro cómico,

«Aquel raudal de gracias soberano,  
Que igualó á Plauto y eclipsó á Terencio 1.»

Bretón fué *autodidacto*: se educó á sí mismo en edad muy madura, comenzando por aprender el latín, como malignamente le recuerda Gallardo en uno de los números del *Criticón*. Entre sus poesías sueltas hay alguna traducción, y no infeliz, de Tibulo. Pero Horacio parece haber sido su poeta predilecto entre los antiguos. Entendámonos: no el Horacio lírico, sino el satírico y epistolar. Hasta en sus romances, letrillas y otras

1 Versos de mi amigo, el excelente poeta santanderino, D. Casimiro del Collado.